

Esquina Güemes y Ortiz

El rumor me llegó por el grupo de *WhatsApp* de la escuela primaria. Me sorprendió que trascendiera por ese medio, aunque hoy, pensándolo mejor, no había otra manera de enterarme.

—¿Dónde la viste? —preguntó Marcela en el chat.

—En la esquina de Güemes y Ortiz, cerca de la casa del gordo —respondió Edgardo al instante. Ese «gordo» que mencionaba era yo, y el apodo era una ironía que se arrastraba desde hacía más de treinta años. Yo vivo sobre la calle Güemes, y el lugar indicado quedaba, en efecto, a dos cuadras de mi casa.

—¿Y estás seguro de que era ella?

—Sí, más vale.

—¿No era que estaba casada y con hijos? —preguntó Daniela.

—Sí, está casada. Aparece así en su página de *Facebook* —respondió Miriam.

—Has visto mal, entonces... —añadió Daiana.

—Tiene hijos también, no puede ser... —agregó Miriam.

—Yo me junté con ella hace varios años y todo bien —dijo Paulina.

—¡Es ella, chicas! ¡Vayan a ver, si no! —terminó Edgardo. Luego la conversación desbarrancó en anécdotas de boliches, exparejas compartidas y prejuicios contruidos con sospechas infundadas que intentaban justificar posturas despreciativas. Esto era posible porque la desprestigiada no estaba en el grupo; de haber estado, hubiesen reinado las palabras de cortesía y, tal vez, de ignorancia. Yo necesitaba verlo.

Una semana después salí a caminar de noche. No tenía otra excusa que ir a algún kiosco a comprar una cerveza, por lo que llevé en mi bolsa de tela dos botellas retornables vacías. Pero mi objetivo era doble. A las diez de la noche atravesé la esquina de Güemes y Ortiz y no vi a nadie. Pensé que, a lo mejor, era muy temprano o que Edgardo se había equivocado de esquina —él vivía del otro lado de la ciudad, por lo que no podía pedirle precisión absoluta—, así que seguí caminando por Güemes. Atravesé las esquinas con French, Beethoven, 25 de Mayo, Ituzaingó, Azopardo, Samaniego, Veronés, Fray Mocho, hasta la avenida San Martín, y no vi nada.

Por suerte, siguiendo por la avenida hasta la intersección con Hipólito Yrigoyen (tres calles más abajo), había un kiosco que estaba abierto las veinticuatro horas del día, así que allí compré mis cervezas y bajé por esa misma calle hasta toparme de nuevo con Güemes para volver a casa. El viaje no había sido en vano.

Dos días después salí a hacer otra caminata, a las once de la noche. Llevaba de nuevo mi bolsa de tela: mi excusa era comprar una botella de Coca-Cola retornable de dos litros y cuarto, y las ganas de un sándwich de jamón y queso. Volví a hacer el mismo recorrido nocturno y no vi nada, pero antes de entrar a mi casa, las luces frontales de algunos automóviles deteniéndose en la esquina con Ortiz me hicieron continuar caminando.

Había dos chicas hablando con dos conductores en coches distintos; las mujeres prendidas a la ventanilla y los varones tras el volante. Era evidente que allí se mercadeaba algo entre risas y susurros, pero no pude ver las caras de las mujeres. Pasé de largo, impresionado de ver que los coches que esperaban hacer sus negociados con las chicas eran más de cinco. Me contentó saber el horario en el que ella estaba.

Al día siguiente lloviznó de noche. Mi pretexto para salir era más pobre: me imaginé comiendo fideos y me faltaba el puré de tomate para la salsa. Eran las diez y media de la noche cuando llegué a la esquina y, a pesar del clima, una de las dos mujeres de la vez pasada estaba sentada bajo el techo natural de la copa de un árbol.

No me acerqué porque no era necesario, pero era ella, y el corazón me dio un vuelco. Ella no me miró, pero vi cada detalle de su rostro iluminado por la luz del teléfono que sostenía en su mano. Era ella. Era «la Luli». Luli era un diminutivo cariñoso de Luciana, y el artículo que precedía su apodo siempre se pegó cuando se la mencionaba. Los mismos rasgos que la destacaban en la primaria permanecían en ella, pero endurecidos: un perfil casi oriental, ojos verdes y grandes que levantaban de más las cejas, pómulos hundidos, nariz pequeña cuya punta parecía una esfera y labios contraídos hacia dentro, en un gesto de preocupación constante que nunca la abandonó.

Tenía el pelo teñido de un tono marrón que no era el natural, pero era ella, y no había dudas. Una versión adulta de ella, una mujer que, como yo, ya estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Tenía sus curvas, y se notaba que se preocupaba por que se vieran firmes. Seguí caminando.

...

—Es ella, es la Luli —le escribí a Edgardo por chat al día siguiente.

—Me da un poco de no sé qué. Lo que nos lleva la vida, ¿no? —me respondió él.

—Pensar que jugamos con ella en la escuela, a la escondida, al *tutti frutti*, que cantamos juntos canciones en el aula. Es raro.

—Ahora juega con otras cosas, jeje —me contestó.

Me dio un poco de asco su comentario, pero no puedo negar que lo pensé. Y luego dijo la frase que me condenaría:

—Vos estás soltero, gordo, ¿no?

—Sí, ¿por qué? —le contesté, haciéndome el desentendido.

—Preguntale el precio. Ni se debe acordar de vos. Si pinta algo más, me contás, jeje —dijo.

Yo tardé en responderle. No supe, en ese momento, crear una justificación que yo mismo me creyera.

—No sé. No puedo. Crecimos con ella. La conozco de niña; fuimos niños juntos.

—Dale, gordo, no seas cagón. No perdés nada. Todas las nenas crecen. Si estuviera soltero como vos, ya me la hubiera encamado.

—No sé. No quiero pagar por eso.

—Gordo rata. No debe ser tan caro, che.

—No es un tema de plata. Es otra cosa.

No me contestó. Él lo percibía, pero en esa posición que asumía, en la privación que le generaba su matrimonio, tenía una mejor excusa para no afrontar eso que yo sentía.

Desde ese día, me puse a pensar en eso que Edgardo y yo sentíamos, y aunque hice mil cosas, no dejé de pensarlo ni un segundo. Rememorar lo que «la Luli» me provocaba era recaer en una ternura dorada de la infancia que lentamente se desdibujaba. Me traía imágenes de correr a gritos de alegría por el patio de la escuela, de alguna fiesta de cumpleaños compartida, de mezclar gaseosas de distintos sabores en un vaso y hacer asco a esas mezcolanzas, o de las salidas educativas al museo natural. La Luli era una más entre aquel conjunto de compañeritos que se enmarcaban en el sepia de la nostalgia y de la ternura.

Pero ahora, esas imágenes se alteraban. Pensarla allí, en la noche, con su blusa entreabierta y escotada, su falda corta, y las piernas cubiertas solo por unas medias de encaje a pesar de la llovizna, me provocó la misma conmoción que, de seguro, Edgardo sintió. Era la horrenda trasfiguración de una fraternidad difusa, como la que uno siente por los primos; y que, en el peor de los casos, se transforma en esa atracción aberrante por lo prohibido y lo cercano. Lo íntimamente cercano.

...

—¿Y? ¿Cerraste el trato con la Luli? —me preguntó una mañana Edgardo por chat.

—No. Pero no puedo dejar de pensar en ella. Me da lástima.

—Raro, che. A mí me da calentura, pero cada cual con lo suyo, jeje.

—¿No te hace pensar cómo se llega a eso?

—No lo pienso tanto. No lo pensaría tanto tampoco. Y está ahí nomás de tu casa. Ni auto necesitás.

Esta vez fui yo el que no contestó. Para ese momento ya sentía que necesitaba hablar con ella.

Ese día, la noche me encontró sin necesidad de ir a comprar nada, pero llevé las dos botellas de cerveza vacías que había comprado la vez anterior. La razón para salir y caminar por su misma calle era suficiente. Recuerdo que me transpiraban las manos; coloqué, para que no se notara, un bollo de medias de algodón en los bolsillos de mi campera para secarme las palmas en caso de que necesitara darle la mano o tocarla.

Caminé las dos cuadras con una forzada lentitud, porque parecía que todo se aceleraba vertiginosamente hacia ella. Un automóvil negro y ostentoso pasó de largo por mi lado para cuando yo me acerqué; no me fijé si llevaba a alguien o no. De todos modos, estaba la Luli allí parada, en pose sugerente, mirando hacia la calle, como esperando que alguien viniera a buscarla. Tenía puesto un portaligas azul oscuro, una falda corta del mismo color y una remerita negra con lentejuelas de cuello demasiado holgado.

Antes de poder dirigirle la palabra, se me atravesó una chica de unos veintitantos, vestida apenas con una musculosa semitransparente y una calza corta amarilla muy pegada al cuerpo.

—Hola, lindo. ¿Estás aburrido? ¿Querés ser mi amigo?

—Hola, no —atiné a decir, nervioso. Luego señalé a Luli y dije—. Quiero hablar con tu amiga.

—¡Mari, este macho lindo te busca! —dijo la chica, y se alejó hacia la calle, no sin antes guiñarme el ojo y decirme que, si quería, podían hacer un dos por uno con Mari.

No le contesté. Luli, ahora Mari, me miró con una sonrisa que solo puedo describir como de depredador. Me puso la mano en el hombro, me acarició con ternura, y sentí que su mano quiso arrastrarse hacia más abajo.

—Hola, churro. ¿Me buscabas?

—Hola, Luli. ¿Te acordás de mí?

De pronto, su sonrisa de *femme fatale* se disolvió. Me miró, y en esa mirada sondeaba una eternidad. Me miró como quien intenta comprender lo magistral en una obra de arte o como quien se percata de una figura extraña en la oscuridad; con la misma

cuota de interés y de espanto. Y cuando el terror que acompañó al reconocimiento se desprendió de sus ojos, se sintió en una posición incómoda; me tomó de la mano y le dijo a la muchachita que la acompañaba que se llevaba a éste (que era yo), y que no se preocupara.

Luego me arrastró hasta media cuadra lejos de su compañera, y bajo el reparo de un árbol oscuro, al límite invisible de una plaza que ella ya conocía, me dijo con contenido enojo y con falsa alegría:

—¡Pablo! ¡Tanto tiempo! ¿Qué hacés acá?

Yo tardé unos segundos en contestar. Ella no me soltaba la mano y esta me transpiraba a mares. Me aterraba que se diera cuenta de ello y que lo confundiera con excitación. Balbuceé mi excusa, sacudiendo la bolsa de tela que llevaba en la otra mano.

—No sé, Luli. Te reconocí mientras caminaba. Iba, mirá, a comprar unas cervezas y... te vi. ¿Vos? ¿Vos qué hacés acá? ¿Cómo terminaste en... esto?

Las preguntas eran estúpidas. Ella me miró con esos ojos verdes que brillaban bajo la difusa luz de una luna lejana. Me miró de manera electrizante, como tratando de devorarme o esperando a que yo adivinara lo que pensaba. Suspiró con el pesar de quien devela una verdad contenida, metió su mano por el borde interno de su corpiño y, de una de sus copas, sacó una credencial que me mostró y que no pude ver por la oscuridad.

Su respuesta fue un cuchicheo más íntimo que cualquier otro contacto que ella podría haber tenido jamás, y fue el contacto más íntimo que yo tuve en mi vida.

—Pablo, no es lo que pensás. Soy policía encubierto; estamos cazando a un boludo que anda violando chicas de la calle. Te pido, por favor, que no le digas a nadie de esto. Jamás. Mi vida y la vida de cientos de chicas están en esto. Te pido, por favor, que no lo digas nunca, nunca, nunca. ¿Me entendiste?

Yo asentí, y nunca dije que me crucé con Luli.

Con mi silencio debí perpetuar el rumor sobre ella.